

De hormigas a águilas



Entiendo perfectamente la cara de la señora Patri: es la tercera semana seguida que le pido hacer algo distinto con Moustaffa. El caso es que me sorprende que no consigamos que hable español, aunque sea algunas palabras. No nos han funcionado ni los cuadernillos de lectoescritura, ni a través de campos semánticos, ni coordinarnos entre nosotros y, está claro, que pedirle que vayamos apoyando a Moustaffa a que escriba y dibuje cada palabra nueva en un diccionario de sonidos improvisado con varios folios, ha colmado su vaso. La verdad es que no sé cuántas personas a mi alrededor desde que volví de Nueva York han colmado su vaso en esta incomodidad que supone lograr una meta, más allá de hacer lo que se supone que hay que hacer. Y también soy consciente de que la automatización de este paradigma, donde me lanzo sin permiso a por lo que sueño, choca, en muchas ocasiones, con la realidad: hemos sido educados para seguir las líneas establecidas.

Recuerdo que, en las temporadas de verano bajo los pinos de la parcela en Mazagón, me gustaba dibujar líneas rectas arañando el pavimento de hormigón con una piedra para que las hormigas se formaran. Hoy sé que sin darse cuenta –por esa falta de consciencia que tienen los animales que carecen de área prefrontal cerebral-, en una fila india. Sentía una mezcla entre poder, al fin y al cabo, eran cientos de seres vivos actuando bajo mis órdenes, y también asombro. No entendía, por más

veces que hiciera aquel experimento, para qué esa cantidad de hormigas, a veces enorme, se alineaban de aquella manera.

El caso es que la Educación Emocional me ha permitido tener esta perspectiva “a vista de pájaro” (yo diría “de águila”) y no comprendo tampoco hoy la cantidad de veces en que los seres humanos también nos alineamos sin propósito. Bueno, en realidad, sí lo comprendo: en el caso de los seres humanos seguimos una respuesta primaria de manada (generada por nuestro cerebro primario o animal) y, además, necesitamos, como seres sociales que somos, la aprobación de los demás, algo que fomenta en nosotros la necesidad de no incomodar. Lo que pasa es que, visto en perspectiva, como si fuéramos hormigas, hay cantidad de logros (personales y sociales) que nos dejamos fuera de las 4 líneas rectas (por hacer un guiño al conocido ejercicio de los 9 puntos de John Whitmore en su libro Coaching, pionero en esta temática, y que recogemos, como una actividad emblemática ya, en el Programa de Implantación de la Inteligencia Emocional en el ámbito educativo –PIIE–) y que podrían cambiar el rumbo de las personas, de los niños y niñas, de las familias, de la educación y, por tanto, del mundo.

SI QUIERES
RESULTADOS
DISTINTOS,
SAL DE TUS
9 PUNTOS





“Si quieres resultados distintos, sal de los nueve puntos”, diría cualquier alumno del Colegio Félix (primer centro educativo, miles ya –incluso al otro lado del “charco”–, donde se aplicó por primera vez, hace una década, el PIIE). Y la verdad es que sí: quiero resultados distintos. Quiero una educación donde los alumnos desarrollen las habilidades necesarias como para ser competentes intelectual (en el aprendizaje del español o las mates, por ejemplo) y emocionalmente (en sus relaciones personales y ser felices). Estar conectado con ese “para qué” (rutina básica del programa) me lleva a incomodarme, sin darme cuenta ya, en favor de la transformación educativa y social que el mundo necesita.

No obstante, no debemos perder de vista, que esa incomodidad de la que hablamos, sigue siendo incomprensible, como para los perros lo son los petardos (por esa falta de perspectiva que nos da la corteza prefrontal y que, en el caso de los humanos, nos permite ver que cualquier ruido, por atronador que suene, no durará eternamente), para las personas que siguen siguiendo la línea...



Mi propuesta es que seamos como Flik, el personaje de “Bichos” (película que recomendamos para trabajar la distinción Proactivo vs. Reactivo del PIIE), y tengamos la valentía de ir más allá de lo establecido, aunque incomode, y logremos resultados extraordinarios para Moustaffa, el resto de niños y niñas y, por qué no, para el resto de la humanidad.

Álberto Ortega Cámara
Maestro de ATAL (Aulas temporales de adaptación lingüística) y creador del PIIE